

DÉJALA VOLAR



**CUENTOS FANTÁSTICOS
Y OTROS NO TANTO**

Era a principios de otoño en un pueblecillo escondido en medio de la hermosa serranía de Cuenca. El aroma balsámico de los esbeltos pinos se transformaba, para Severino, en el mayor cargamento de medicina natural que jamás había tomado. Descendía a paso ligero, zigzagueando entre la vegetación para evitar la pronunciada pendiente disimulada por la verticalidad de los árboles. Bien pertrechado para su paseo diario, solo hacía juego con el milenarismo paisaje el garrote de su abuelo, porque todos los demás elementos que cubrían su cuerpo pertenecían a la última moda en ropa de caballero para hacer sendorismo. Un magnífico chándal transpirable que lo protegía del fresco vientecillo; gorrilla y guantes de GoreTex, que resguardaban divinamente el calor de cabeza y manos, y unas zapatillas de deportes especiales para largos paseos por el monte. Las zapatillas eran la última adquisición

de Severino. Eran su tesoro máspreciado, y cada tarde, cuando regresaba a casa, las limpiaba con esmero y las dejaba relucientes preparadas para la caminata del día siguiente. Estaban dotadas de una doble suela en cuyo interior había quedado aprisionada una cierta cantidad de aire según rezaba la propaganda y hacían que Severino flotase sobre el suelo como si anduviese sobre nubes. Como si volase. Como si diera saltos encima del somier de la cama de sus padres cuando era pequeño.

Aquel día en cuestión, el hombre se sentía feliz en el camino de regreso a casa. El paseo había sido largo y agradable, no había tenido que sufrir ninguna de las inclemencias del tiempo, ni el sofocante calor del verano, ni el viento helado de los primeros fríos. Pero había otra razón por la que estaba contento: por primera vez desde hacía muchos años, había decidido alargar su estancia en el pueblo. El precio que tuvo que pagar por su tozudez fue una acalorada discusión con su mujer, pero eso fue todo. Ella

cogió sus maletas y se marchó a la ciudad y Severino se quedó en el pueblo con la condición de que la antigua casona de sus padres donde solían pasar las vacaciones, se quedaría limpia y aseada como si ella misma la hubiera cerrado. “Llamaré a alguna señora del pueblo para que me eche una mano en la limpieza general, no te preocupes mujer”. Le dijo Severino cuando fue a despedirla a la estación.

Nuestro hombre, se acercaba al pueblo silbando con dificultad porque todavía no dominaba el aire que tenía que insuflar a través de su nueva prótesis dental. Nada urgente reclamaba su regreso a la ciudad. Estaba jubilado, no tenía ninguna cita médica a la que tuviera que asistir con urgencia y además, en el caso de que esto último sucediera, el ambulatorio del pueblo era estupendo. Incluso la farmacia se había convertido en todo un ejemplo de modernidad. Cualquier producto que estuviese en el mercado lo podían adquirir los lugareños, y si no lo tenían en el almacén el boticario no tar-

daba más de un día en proporcionárselo a sus clientes. Incluso se vendían unos preservativos de colores tan llamativos que en nada se diferenciaban de los globos que él recordaba de su niñez.

Dejó atrás la arboleda. El sol acababa de desaparecer tras el horizonte pero el cielo todavía brillaba con ese azul intenso y límpido que da la sensación de poder alcanzarse con las manos. Tomó el pequeño camino que rodeaba el pueblo en lugar de llegar directamente a la calle Real. De ese modo tendría que saludar a menos vecinos porque el sendero era el acceso a la parte trasera de todas las casas. Un camino poco frecuentado que discurría entre un pequeño arroyo, y los muros de piedra y las puertas traseras por las que se accedía a los antiguos corrales de las viejas viviendas. El regato ya estaba seco a estas alturas del año pero en el caso de que el otoño se presentase lluvioso habría que vigilarlo muy atentamente para que las aguas no invadiesen terrenos que no les pertenecían; aun-

que ellas, por derecho propio, en tiempos pasados fueron las verdaderas poseedoras de todo el valle hasta que los hombres decidieron mantenerlas aprisionadas en un angosto espacio entre dos muretes de cemento grisáceo. Los corrales también habían sufrido una enorme transformación a lo largo del tiempo. Nada de gallineros ni sucias conejeras, en su lugar se habían construido modernas barbacoas para asar exquisitos manjares o cocinar al aire libre, desproporcionadas paellas familiares.

Para Severino, era un inmenso placer escuchar el silencio. Un placer egoísta, porque eso significaba que las vacaciones se habían terminado para cientos de personas. El pueblo por fin se había quedado vacío. La pequeña villa recuperó su forma habitual. Como se recupera el vientre de una mujer después de dar a luz, pensaba Severino, mientras sonreía para sus adentros. Pero aquel pensamiento era mucho más profundo de lo que él se imaginaba.

No era un hombre especialmente romántico, ni siquiera nostálgico. Pero algo en su interior había dirigido sus pasos hacia el caminito trasero de la calle Real. En esa calle vivía su inseparable amiga de la infancia. Después de pasar todo el mes en el pueblo en compañía de su mujer, de uno de sus hijos, de su nuera y de dos de sus nietos. Severino no había visto a Carmela. No se encontró con ella en la Piscina Municipal, ni en ninguno de los bares típicos de la Plaza Mayor; ni en el paseo, ni siquiera en la tienda de comestibles que todavía se mantenía a flote, a pesar de la terrible competencia del enorme supermercado que habían construido a escasos kilómetros del pueblo. No, el hijo del dueño de la tienda de ultramarinos, que él conoció de niño, no se había quedado rezagado frente al progreso. Reformó su establecimiento sin destruir el sabor y el encanto de la antigua decoración del colmado hasta convertirlo en un moderno establecimiento de *'Delicatessen'*, y al morir el verano, cuando los veraneantes abandonaban el pueblo, los clientes habituales con-

tinuaban haciendo sus compras en el viejo ultramarinos.

Mientras Severino se acercaba a la parte trasera de la casa de Carmela, pensó que era muy extraño que no la hubiera encontrado en ese establecimiento. No se atrevió a preguntar por ella, los chismes en los pueblos vuelan como la pólvora y pueden hacer mucho daño, especialmente cuando no hay ningún motivo por el cual chismorrear.

Siguió bajando tranquilamente por el caminito y de repente le asaltó una duda: ¿Y si no conocía la casa? Recordaba muy bien que era la séptima casa comenzando a contar desde el final del camino. Dio media vuelta y deshizo sus pasos. Comenzó a numerar las paredes de los distintos corrales y se dio cuenta de que eran mucho más pequeñas de cómo las recordaba en su memoria. Cuando estaba pasando junto a un portalón pintado de verde por la que ya había pasado anteriormente, escuchó tras el muro una música suave. Era la puerta de la séptima casa.

No era tímido nuestro personaje, no lo había sido de niño y muchísimo menos ya de viejo. La vida en la ciudad, el trabajo, todas las pille-rías diarias de una agotadora lucha por llegar a ser 'alguien' lo habían convertido en un hombre fuerte. Fuerte en su exterior y frío en sus senti-mientos, pero '*Quien tuvo retuvo*' solía decir su madre y, Severino siempre había sentido algo muy especial por Carmelilla. No era amor, no, ni mucho menos. Jamás se le había planteado ese dilema. Tendría unos dieciocho años cuando abandonó el pueblo para terminar sus estudios en la capital. Sus padres emigraron y él se fue con ellos. Y fue allí, en la gran ciudad, donde los arrebatos hormonales lo fueron convirtiendo en todo un hombre. Las chicas de la ciudad sí que sabían cómo afrontar el sexo y no las puelle-rinas reprimidas de su pueblo. ¿Por qué sintió de repente esa necesidad de volver a ver a la vieja amiga de la infancia? No tenía la más mínima idea pero, ni por lo más remoto se hacía esa pre-gunta. Se plantó con determinación ante la

puerta del corral de la séptima casa y la golpeó con los nudillos. La música que seguía sonando suavemente tras los muros de granito fue la única respuesta que obtuvo. A su alrededor, los habituales trinos de los pájaros le servían de coro. Golpeó la madera de nuevo y reafirmó su llamada con un sonoro: “¡Carmelilla!, ¿estás ahí?”. Estuvo a punto de desistir cuando el portón gruñó sobre sus goznes y una Carmela sonriente le respondió:

— Sí Severino, aquí estoy, como siempre. Pasa y comparte conmigo un granizado de limón que acabo de traer recién hechito.

— Siéntate en el sillón de mi abuelo que es el mejor de los cuatro. Ahí, junto al olivo que plantamos de niños. Mira cómo ha crecido.

— ¡Pero dame un abrazo, mujer, no seas tan arisca!

— Un abrazo y dos besos, ¿por qué no? Pero luego haya paz entre nosotros, no tengo ni las ganas ni las fuerzas de comenzar de nuevo nuestras interminables riñas de chiquillos.

— Así sea. Pero, ¿qué es de tu vida? Si tienes tiempo quiero que me lo cuentes todo.

— Empieza tú a contar que eres el forastero. ¿Encontraste todo lo que buscabas? ¿Eres feliz? ¿Alcanzaste el éxito anhelado?

— Muchas preguntas son.

— Pues empieza que yo tengo todo el tiempo del mundo. Hasta las diez al menos, no vendrá mi marido y luego, si lo deseas, te quedas a cenar con nosotros. Cenaremos aquí, en el patio, con una chaquetilla se está en la gloria. Si no te molesta el penetrante aroma del *galán de noche* y de aquel *jazminero* que también plantamos hará ya treinta años.

— ¿Dónde está tu marido?

— En la tienda.

— Pero, ¿se queda hasta tan tarde?

— Cuando cierra, se toma unas cañitas con los amigos.

— ¿Por qué no vas con él?

— Porque me aburren.

— Por eso no te he visto en todo el verano. ¿Sales alguna vez?

— ¡Claro que salgo! Pero voy donde quiero y cuando me apetece, ya sabes cómo soy.

— Pero empieza a contarme la historia de tus éxitos, porque se te pasará el tiempo y cuando venga Esteban solo hablaréis de fútbol. Que os conozco a los dos.

— Pero de qué éxitos hablas! ¿Lo dices por el coche?

— No sé qué coche tienes.

— Entonces...

— No lo digo por nada en especial, no seas tan susceptible. Solo sé que te marchaste porque querías ser 'alguien'. ¿Lo conseguiste al fin? ¿Es que aquí no eras nadie?

— Estaba harto de este pequeñito agujero en medio de los montes. De su gente palurda. De todo el chismorreó. Del agobio de no poder hacer 'nada' sin que corriera de boca en boca por todos los rincones.

— Le llamas no hacer nada a ‘tirarte’ a todas las mocitas del lugar?

— A eso y otras cosas. Tú ya me entiendes.

— Pues claro que te entiendo, y por ese motivo no me casé contigo.

— No es cierto. No quisiste casarte con un futuro incierto que era lo único que yo podía ofrecerte entonces. Preferiste al Esteban que tenía una tienda. Y un padre con unos cuantos acres de estupendo terreno.

— Pues mira no, tampoco es eso cierto. Porque yo te quería como a nadie he querido. Hasta ahora, por supuesto, que ya olvidé aquello. Tú eras, querido Seve, el típico carota, o don Juan, que lo mismo me da. Querías que te diera lo que algunas te daban y yo, querido compañero de juegos de mi infancia, no estaba preparada, no lo entendía entonces. Y, pasados los años, tampoco lo comprendo.

Bueno, lo que acabo de decirte, de nuevo, no es del todo cierto. Porque ya lo comprendo aunque no lo comparto. *“Dile a tus padres que te*

dejen volar de una vez". Me solías decir. "*Pero si yo ya vuelo*". Te respondía yo. Y ahora, después de treinta años, aquí estamos los dos. Por lo que veo, más o menos tranquilos y felices. Con toda la felicidad que pueda dar la vida y la poca tranquilidad en los tiempos que corren.

Pero, ya ves, a tus ojos sigo siendo una mujer tontita y pueblerina. No he parado de hablar y tú guardas silencio. Silencio siempre, cuando no te conviene. Pero ya no me importa, porque yo, sin volar demasiado, he encontrado el sosiego. He criado a mis hijos que éstos sí, volaron hace tiempo pero vienen a verme. Esteban, mi marido, aún sigue a mi lado tan contento y feliz, con su tienda 'moderna', con su fútbol a ratos, en el bar con amigos y después en su casa, conmigo. A mi lado en la cama o en el patio o, dando largos paseos por el viejo camino del monte de los Pinos Gigantes. Y yo aquí, re-cogida, con mis libros, mi música y mi pequeño mundo. Pequeño pero mío. Nuestro...

— Créeme Carmelilla no era mi intención molestarte.

— No lo has hecho.

— Pero te has enfadado.

— En absoluto.

— Pues me ha dado la sensación de que...

— Te equivocas, Severino. Y siento mucho que hayas mal interpretado mis palabras. Sólo que yo he tenido tiempo para pensarlas bien. Tiempo y tranquilidad y una paz infinita con que adorné mi vida. Y, después de tantos años me he dado cuenta de que yo sabía muy bien lo que quería y tú, querido amigo, no. Te he visto pasear y reír con tu familia y creo que a tu manera eres feliz y yo me alegro. Espero que en esta nueva etapa de la vida, la más difícil quizás a la que hayamos tenido que enfrentarnos, la suerte nos siga sonriendo a los dos.

— Llevas razón. Siempre estás en lo cierto.

— Esteban ha llegado ya puedo oír sus pasos por el camino. ¿Te quedas a cenar?

— De acuerdo, así charlaremos un rato de nuestros viejos tiempos. ¿Qué hay para cenar?

— Pues mira, hoy has tenido suerte. He cocinado un delicioso conejito al ajillo. Ensalada del huerto. Sangría que voy a preparar en un minuto y *Morteruelo de la tierra* que vendemos en la “*Delicatessen*”. Una hogaza de pan para limpiar el plato y, si no quieres café, un traguito de orujo te ayudará a dormir.

Como era de esperar, la velada fue un éxito. Saciaron su apetito y se regocijaron recordando las viejas travesuras de su lejana infancia. Los baños en el río; rodillas destrozadas por trepar a los árboles; carreras alocadas después de golpear a algún muchacho de la panda contraria. Y aquel día nefasto en que los castigaron por atarle una lata a la cola del gato del cura del lugar. ¡Aquello fue fantástico! Adrenalina pura. Aunque el castigo fue duro: ‘Una semana entera sin salir a la calle’. Siete días en la vida de un niño son una eternidad...

Estaba a punto de alborear cuando los tres amigos se despidieron con el sincero calor de la infancia en sus tres corazones. Severino esta vez escogió la calle Real de regreso a su casa, era un

largo y agradable paseo y decidió que le vendría bien para disipar los alegres efluvios del alcohol ingerido. Tenía que recorrer la calle entera y después desviarse por el pequeño sendero de la izquierda hasta alcanzar la casa de sus padres. De nuevo se sentía feliz. Contento, pero de un modo diferente, de forma racional, como era él. Durante unas horas había regresado a su pasado y allí se reconcilió con todos sus fantasmas, y lo más importante, aceptó su presente con cariño y se preparó para un futuro muy esperanzador. Después de tantas dudas, los tres amigos habían elegido el camino correcto.

La mañana siguiente, cuando el sol ya brillaba en su cenit, preparó la maleta y regresó a su hogar... a la enorme ciudad.

Madrid, marzo de 2015